Capítulo cuatro: Noemí.

Noemí Zambrana Iglesias

Image not found.

Capítulo 1

Tú no tienes la culpa.

Tú aquí, con esta carne suave que huele a colonia, a piel nueva y dulce, a leche. Que duerme tranquila con la barriga hinchada después de comer.

Tú no tienes la culpa.

No tienes la culpa de que no pueda quererte. No te quiero. Eres inocente y feliz, dejas de llorar cuando hueles mi pecho o mi pelo, te calma mi olor, el latir de mi corazón. Me sonríes. Traes paz a la habitación mientras te amamanto. Duermes tranquila en mi regazo. No puedo quererte, ¿cómo voy a quererte?

La carne nueva y suave junto a la carne marchita y descolgada. El olor a leche dulce junto al olor a sudor. Los pliegues y el insomnio. El amanecer y el ocaso. Que tu vida comience significa que la mía acaba, y aún no ha comenzado. Mi vida, la mía. Que yo te cuide significa que yo soy la que cuida, la cuidadora, la protectora. ¿Y quién me cuidará ahora?

Tú no tienes la culpa, pero yo no puedo quererte. Porque tu vida empieza y la mía terminó. Porque me sonríes y veo en ti lo bueno que había en mí. Y un día te caerás, y te harás una rozadura en esa piel gordita que cubre tus rodillas. Y a esa seguirán muchas, y ya habrá empezado y no acabará. Y yo no podré protegerte. Y no querré hacerlo. Porque yo ya me caí, y tú debes caer también. Porque saliste de mí, debes sentir lo que yo siento y no al revés.

Mi niña, a la que nunca querré, porque no puedo querer a nadie, porque no quiero querer nadie, y menos a ti. Te voy a contar la verdad: las mujeres somos las madres de la naturaleza. Nacemos, como tú, dulzura mía, con la responsabilidad de amar y cuidar. La guerra la hacen los

hombres, nosotras curamos sus heridas, los hombres hablan, nosotras escuchamos, los hombres se enfadan, nosotras consolamos, los hombres tienen miedo, nosotras ofrecemos nuestros cuerpos, nuestros refugios, nuestra piel es campo santo donde nacen la vida y el calor. Sólo necesitamos algo a cambio, y ahí nace nuestra tragedia: necesitamos protección, que custodien nuestro hogar, tenemos la fuerza de sostenerlo pero no de defenderlo. No es nuestra culpa, es una cuestión de fuerza bruta, de orden.

Y una mujer nace para ser fuente de vida y consolar, y el hombre nace para vivir. Y la fuerza de una madre es superior a cualquier cosa, y los celos de una amante para guardar a su hombre sobrepasan toda fuerza, ¿por qué? Por miedo, dulce mía, porque si estamos solas, como tú, porque no te quiero, nos morimos de frío.

Pero tú no tienes la culpa de que yo haya sacrificado mi cuerpo y mi vida por ese hogar. Que por un abrazo haya renunciado a todos los abrazos del mundo, y que por un silencio haya desgarrado mis entrañas. De eso, tú no eres culpable. Por eso no puedo quererte. Ojalá tuvieras la culpa, ojalá tuviera un motivo para dejarte caer de mi regazo, pero no lo tengo. Soy tu madre, eres mi hija, debo protegerte. Si tu corazón deja de latir, dejará de latir el mío, si tu sangre se congela la mía también, si tus ojos se cierran yo ya no veré más. Porque soy tu madre. Sólo eso. Todo eso. Tu mamá. Tu vives a través de mí y yo de ti, y negarte sería negar la vida.

Pero me duele. Y eso no nos une. Mi dolor no es tu dolor, no tengo derecho a hacértelo beber, mi derecho no es más que tenerte. Y dar las gracias de que puedas latir, y de que yo ya sea una mujer, una madre, madre de todos, plañidera de todos menos de mí misma. Nadie llora por mí, pero yo lloraré por ti, nadie teme por mí, pero yo ya nunca dormiré si no te oigo respirar. Tú eres mi carne, mi sangre, pero no eres yo. Eres mejor que yo, porque estás viva.

No te quiero.

No te odio.

No es tu culpa.

No es la mía.